

LETRAS

Letrullas

LETRONES

JUSTICIA

EL JUEZ Y LOS SÍMBOLOS

La causa abierta contra el juez Garzón por su instrucción de los crímenes del franquismo se ha convertido en un nuevo episodio de la politización de la justicia española y ha desatado una polémica irresponsable y sectaria. Infatigable, osado y a veces precipitado, Garzón tiene otras dos causas abiertas y, en su larga carrera —en la que ha combatido el terrorismo, el narcotráfico y ha encausado a Pinochet y a los verdugos de la dictadura argentina— ha incomodado a los partidos políticos: al PSOE, con la investigación de los GAL, y al PP, con la trama Gürtel. Al declararse competente para investigar el franquismo, realizó una interpretación efectista y discutible de la ley, pero no cometió una injusticia a sabiendas. El auto, que argumentaba que el régimen había cometido crímenes contra la humanidad sobre los que no se aplicaba la Ley de Amnistía, tenía algo de gesto de cara a la galería, como demuestra la petición de entrega de los certificados de defunción de Franco y 34 de sus generales, y esa lectura simbólica se ha extendido a todo el asunto. Los medios conservadores creen que Garzón se puso por encima de la ley; la izquierda ve una persecución de la extrema derecha y los enemigos de Garzón en la judicatura, con el apoyo moral del PP. Si *El País* decía



Garzón en la alfombra roja.

tras la suspensión del magistrado: “El Supremo vence al juez de la democracia”, como si los otros fueran jueces de otra cosa, el *ABC* titulaba su editorial “Garzón llegó a su destino”, y consideraba que su traslado al Tribunal Penal Internacional sería “una indignidad para España”.

El proceso ha dado una impresión de rigor extremo. El auto del juez progresista Varela era muy duro, y la apertura del juicio oral después de que Garzón pidiera el traslado al TPI fue poco elegante. La Fiscalía aconsejó archivar el proceso, y la querrela contra el juez partió de dos asociaciones de extrema derecha, Manos Limpias y Falange Española. Es feo, pero si no se ilegalizó a Falange también hay que reconocer su derecho a presentar una querrela. El PP —enfrentado con el juez por el caso Gürtel— apenas ha ocultado su alegría por la suspensión de Garzón, prueba de que “todos los españoles somos iguales ante la ley”, y ha insistido en su respeto a la independencia de la justicia. El argumento sería más convincente si no hubiera demandado

a varios funcionarios que investigan la trama Gürtel. Y las declaraciones del presidente de la Comunidad Valenciana —“De momento, de los de la cacería, dos ya están fuera. Bermejo y Garzón”— tienen un inaceptable tono mafioso.

Desde la izquierda, muchos dicen que Garzón no ha caído por saltarse la Ley de Amnistía y asumir presuntamente competencias que no eran suyas, sino por luchar contra la barbarie: se convierte en el único hombre que se sienta en el banquillo a causa de la dictadura, en “la última víctima del franquismo”. Esa interpretación incorrecta se ha impuesto en manifestaciones ciudadanas a favor del juez, en asociaciones de defensa de los derechos humanos y en la prensa extranjera, que normalmente ha repetido lo que decían los medios españoles antes de que éstos reprodujeran alarmados sus palabras. El Gobierno ha recalcado su respeto al poder judicial y ha insistido en la presunción de inocencia, pero el ministro de Fomento ha denunciado la “campaña de acoso y derribo” contra

Garzón, y el presidente del Congreso le escribió una carta pública ambigua y cursi. Otros han tenido menos sentido de estado y más propensión a la demagogia: el ex fiscal anticorrupción Jiménez Villarejo acusó al Tribunal Supremo de convertirse en “instrumento de la actual expresión del fascismo” y dijo que la suspensión—exigida por la ley—“es el mayor golpe a la democracia desde el 23-F”. Sindicatos, escritores, cineastas y actores han apoyado al juez: para UGT el proceso es una “vergüenza histórica”, Saramago dijo que las lágrimas del magistrado eran también las suyas, Almodóvar apadrinó un encierro simbólico y Juan Diego Botto se preguntaba: “Cuando la justicia da cobertura a una dictadura a costa de negar auxilio a sus víctimas, cuando se actúa de espaldas a la voluntad de la mayoría, ¿qué Estado de derecho es éste? ¿Qué democracia es ésta?” Varios medios digitales reproducían una exhortación surrealista que circulaba vía SMS, quizá para ganar la Guerra Civil en la prórroga: “Qué Franco no se vaya de rositas, pásalo”.

Esos disparates pueden deslegitimar las instituciones democráticas. La Ley de Amnistía—basada en una iniciativa del Partido Comunista—no fue una imposición, ni la Transición una conspiración de miedo y silencio, sino un acuerdo para la convivencia: fue un compromiso imperfecto y unos cedieron más que otros, pero ha proporcionado el periodo de mayor libertad y felicidad de la historia de España. Al margen de la conveniencia de juzgar crímenes de hace 70 años, cuyos responsables murieron hace tiempo, ya existe una condena moral contra una rebelión ilegítima y sangrienta que precedió a una dictadura espantosa. Los familiares de las víctimas tienen derecho a enterrar a sus muertos, y hay leyes que lo reconocen. Sería una desgracia que la justicia española perdiera a Garzón, y condenarlo por prevaricación en un tema en el que no hay unanimidad entre los juristas sería excesivo, pero no se le juzga por investigar el franquismo, sino por su instrucción, y dentro de las reglas del Estado de Derecho que nos protegen

a todos: en la justicia es esencial el respeto a la transparencia y las formas, y, como advertía Kundera, las metáforas pueden ser muy peligrosas. —

— DANIEL GASCÓN

ARGENTINA

JUICIOS POR CRÍMENES DE LA DICTADURA

En el edificio de los tribunales federales de Buenos Aires, cerca del puerto, hay una habitación construida como una pecera. Está en el subsuelo y es difícil llegar a ella si se desconoce el camino, y si un despistado entrara por error tardaría en entender lo que ocurre allí adentro.

Dentro de la pecera, es decir, del lado interno del muro de vidrio que contiene la habitación, tres hombres gruesos de traje sentados detrás de un gran escritorio en lo alto de una tarima miran severamente hacia la nada, mientras dos jóvenes se turnan para leer, en tono monótono, interminables tomos de páginas ajadas. Frente a ellos, de espaldas al muro de vidrio, dos grupos de personas sentadas, uno de cada lado de la pecera, escuchan, algunas imperturbables, otras removiendo en sus sillas.

De este lado del muro de vidrio, medio centenar de personas los observa. El aire está cargado de una tensión contenida que no parece corresponderse a la, a primera vista, aburrida letanía de los lectores del libro.

Horas transcurren de ese modo. De pronto, uno de los hombres gruesos anuncia un receso y los espectadores salen despedidos, como activado un resorte, se estampan contra el muro, aprietan sus manos contra el vidrio como si esperaran traspasarlo. Sus miradas transmiten angustia, fascinación, incredulidad: todo al mismo tiempo.

El despistado creará que presencia una escena de *freak show*.

Pero yo, y los que estuvimos allí durante largas horas en estos meses del verano y comienzos del otoño, estábamos prestando atención. El tribunal es uno de

SUDÁFRICA EN NÚMEROS

- Territorio total: 1.219.090 kilómetros cuadrados
- Costas: 2.798 kilómetros
- Tierras de riego (hasta 2003): 14.980 kilómetros cuadrados
- Punto más alto: el monte Njesuthi, 3.408 metros
- Población total: 49.320.500 (52% mujeres, 48% hombres)
- Población menor de 15 años: 31,4%
- Población mayor de 60 años: 7,5%
- Población negra: 79%
- Población blanca: 9,6%
- Población mestiza: 8,9%
- Población asiática: 2,5%
- Expectativa de vida al nacer: hombres 53,2 años, mujeres 57,2 años
- Tasa de mortalidad infantil: 45,7 por cada mil nacimientos
- Población en zonas urbanas: 61%
- Población alfabetizada: 86,4%
- Población desempleada: 4,3 millones (25,2 %)
- PIB per cápita: 5.566 dólares (2008)
- Crecimiento anual del PIB: 3,02% (2008)
- Empresas que forman la bolsa de valores de Johannesburgo (JSE): 295
- Porcentaje de estas empresas con un director negro: 4
- Porcentaje de estas empresas con un director financiero negro: 2
- Lugar a nivel mundial en asesinatos per cápita: 2º
- Lugar a nivel mundial en violaciones per cápita: 1º

Fuentes: *The World Factbook; Statistics South Africa; The Economist; Seventh United Nations Survey of Crime Trends and Operations of Criminal Justice Systems*

los muchos que, en número creciente, han comenzado a juzgar los crímenes del terrorismo de Estado de la última dictadura argentina (1976-83). Los espectadores son, en gran parte, familiares y amigos de los *desaparecidos* de esa dictadura. Y a quienes miran con emociones contenidas, a quienes no pueden dejar de mirar durante horas sin fin, son los marinos que operaban la represión ilegal en el centro clandestino de detención y torturas de la ESMA, la Escuela de Mecánica de la Armada, por donde pasaron y murieron más de 5.000 personas.



La infame ESMA argentina.

Pese a su tono administrativo —o tal vez justamente por él— la lectura de los secretarios del tribunal resuena como un relato folclórico: una de esas fábulas que conforman el tejido de lo que somos, que escuchamos tantas veces en el pasado que hoy tenemos que hacer un esfuerzo para recuperar lo que contienen. Y cuando lo hacemos, cuando en un golpe de entendimiento nos vemos sentados en una sala con las víctimas a un lado y los verdugos allí, y comenzamos a distinguir en la resonante letanía los testimonios de los sobrevivientes —secuestros, violaciones, golpizas, electricidad sobre cuerpos mojados atados a parrillas de alambre, salvajismo, los rastros de los que no sobrevivieron...— se nos hiela la sangre.



Cuando el primer Presidente de la recuperada democracia, Raúl Alfonsín, llevó

a juicio a los comandantes militares en 1985, la Argentina se convirtió en un caso único en la región, casi único en el mundo: la democracia no se construía sobre un pacto de amnistía y silencio.

Con los años, sin embargo, nos volvimos comunes: el mismo Alfonsín dictó leyes de perdón —conocidas como Ley de “Obediencia Debida” y de “Punto Final”—, de modo que sólo los altos jefes militares pagaran por los crímenes de las Fuerzas Armadas; y en 1989 y 1990, su sucesor, Carlos Menem, indultó a los condenados y a los que todavía corrían riesgo de ser juzgados, militares y civiles —en total, incluyendo a miembros de grupos guerrilleros, unas 1.200 personas.

Cientos de miles marcharon en rechazo a los indultos, pero los jefes militares volvieron a sus casas. Ocasionalmente, una víctima se cruzaba en un café con su torturador. Ocasionalmente, un jefe militar debía interrumpir su corrida matinal por la costanera, o irse de un restaurante, porque un ciudadano lo insultaba. Muchos se dijeron que la condena social era suficiente. En 1999, cuando Menem dejó el poder, la madre de un desaparecido se convirtió en un fenómeno político y esperanzó a multitudes, pero esa misma madre, Graciela Fernández Meijide, decidió que no había condiciones políticas para que el Congreso anulara las leyes del perdón.

Dos años más tarde, la Argentina se hundió en una de las peores crisis políticas y sociales de su historia y las prioridades, pareció, eran otras.

En marzo de 2003, con la situación más estable, Néstor Kirchner llegó al gobierno y convirtió la causa de los derechos humanos en una de sus banderas. Pronto, la justicia federal primero y la Corte Suprema de Justicia después anularon las leyes del perdón y los indultos.

Lo que ocurrió después se cuenta en las cifras que acaba de publicar el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), organismo no gubernamental de defensa de los derechos humanos:

—1.464 personas están acusadas por crímenes de lesa humanidad.

—421 procesados están en prisión.

—321 procesos avanzan en tribunales de todo el país.

—8 juicios orales llegaron a su fin en 2008, once en 2009. A marzo de 2010, se habían completado 23 debates orales.

—68 personas recibieron condenas.

—59 están siendo juzgadas en diez audiencias públicas simultáneas en distintas regiones del país.

—230 acusados murieron mientras eran investigados.

—41 imputados están prófugos.

El CELS, que aboga por acelerar los procesos, señaló que apenas un 6 por ciento de los acusados han sido condenados hasta el momento y que, al ritmo actual, llevará veinte años juzgar al último de ellos por crímenes que ocurrieron hace ya treinta años. Su informe argumentó que los tribunales carecen de los recursos para acelerar los procesos y que, peor todavía, muchos jueces “sabotean” los juicios por razones ideológicas y por oposición al gobierno.

En un receso del juicio a los marinos de la ESMA, hablé con una ex funcionaria estatal del área de derechos humanos que opinaba en cambio que la demora se debía a que los crímenes son juzgados como delitos comunes porque no se reformó el código procesal: “No hay derecho de hacer pasar por esto interminablemente a los testigos. Los juicios van a ir languideciendo y nunca van a completarse”, sentenció. En su opinión, los

LEYES DEL APARTHEID

Una muestra de las más de mil quinientas provisiones legales establecidas en Sudáfrica durante los gobiernos del apartheid:

- “Ningún africano tiene derecho de adquirir una parcela de tierra en el conjunto del territorio sudafricano.”
- “Está prohibido para un africano titular de un permiso legal para residir en una ciudad acoger en su domicilio a su mujer y/o a sus hijos.”
- “Las fuerzas de policía tienen derecho a entrar a cualquier hora del día o de la noche en cualquier vivienda para asegurarse de que no se encuentra allí ninguna persona de color.”
- “Es ilegal para una persona blanca y una persona no blanca sentarse juntos en un salón de té, a menos que hayan obtenido un permiso especial.”
- “Veinticinco años después de que el Estado la haya registrado como de raza blanca, cualquier persona puede ser cuestionada sobre su calificación de blanco por una tercera persona. Sólo la Comisión de Clasificación Racial puede, en caso de litigio, establecer la raza de la persona objeto de la protesta.” —

juicios debían suspenderse: la condena social era suficiente.

Escuchaba nuestra conversación una mujer que perdió a su marido en la ESMA. Cuando la ex funcionaria nos dejó solas, la mujer me dijo: “Aun si sólo fuera por el valor simbólico de ver a estos tipos esposados y en el banquillo de los acusados, los juicios deben continuar”. Y cuando regresamos a la pecera se sentó en primera fila, al lado de dos Madres de Plaza de Mayo, y durante las tres horas siguientes, como en un trance hipnótico, no quitó los ojos de encima de los asesinos de su marido. —

— GRACIELA MOCHKOFSKY

LA PÍLDORA UNA CINCUENTONA RESPETABLE

Esta pequeña píldora anticonceptiva que cumple cincuenta años en el mercado farmacéutico encierra no sólo un cambio social explosivo —una especie de anti *baby boom*— sino también varias buenas historias de distintos géneros.

La mecenas

Primero está la del realismo social. Érase una vez una mujer llamada Margaret Sanger, hija de una madre católica irlandesa que tuvo 18 embarazos y 11 hijos. Después de dejar su atestado hogar, Sanger trabajó como enfermera en los barrios marginados de Nueva York. Luego, ella sabía por experiencia que la vida no es como los cuentos de hadas, donde las nupcias triunfales se redondean con aquel eufemismo enigmático: “fueron felices y comieron perdices”. Porque para muchas mujeres el tener pareja sexual significaba más bien dedicarse al embarazo, el parto, y a la crianza de niños durante toda su vida adulta, si es que no se morían en el intento.

Como respondió alguna vez mi abuela cuando sus nietas le preguntamos por qué había tenido tantos hijos: “¿Y qué hubieran recomendado ustedes que hiciera?”

Mi abuela fue de las suertudas: sobrevivió a su propia fertilidad, a diferencia de muchas de sus congéneres, incluyendo a la madre de la propia Sanger. Hay una razón por la cual la literatura decimonónica está poblada de viudos que se enamoran de nanas: porque la muerte de las madres era un lugar común.

Hasta que Sanger decidió dedicar su vida al descubrimiento y la difusión de alternativas controvertidas que ella bautizaría como “control de natalidad”, y que abarcaban desde el diafragma hasta la eugenesia (aunque después repudiara esta medida). A sus 70 años ya había juntado 150.000 dólares para financiar una investigación de los laboratorios Syntex aquí, en México, en 1951, que tuvo éxito en su propósito: inventar una receta que desasociaría para siempre el sexo de la reproducción. Este primer derivado de las hormonas sintéticas estrógeno y progéstágeno, que impedía la salida del óvulo de los ovarios, se llamaba Enovid, y el mundo —con o sin perdices— nunca sería igual.

Porque desde su concepción la píldora no se trataba únicamente de una liberación sexual, es decir, de tener sexo sin tener hijos. Se trataba más bien de menos hijos, y mejor cuidados. Liberó a ambos géneros para que pudieran dedicarse a algo más que criar a sus vástagos.

Los científicos

Otra buena historia que nace a partir de la píldora —esta vez de “ciencia en la ficción”— es la de Carl Djerassi, un austriaco que emigró en la infancia a Estados Unidos. Después de que participara en el equipo de Syntex en el desarrollo de Enovid, lo cual le ganó no sólo premios sino renombre y un puesto de profesor de química en la Universidad de Stanford, decidió convertirse en escritor. Djerassi se define ahora como autor de poesía, novelas, obras de teatro, autobiografías. Es el inventor no sólo de la píldora sino de un género

literario que explora, no de manera futurista sino cotidiana, el impacto de la ciencia en nuestra realidad.

Confiesa, de hecho, en una entrevista filmada que empezó a escribir poesía porque una mujer lo dejó por un profesor de literatura. Celoso, y herido en la que él describe como su enorme arrogancia de científico, decidió comprobar que él también podía hacer eso. Así que, siguiendo los pasos de su amante, Djerassi dejó la ciencia por la literatura.



El siguiente miembro del equipo nos brinda la siguiente historia, esta vez con “H” mayúscula: George Rosenkranz era un refugiado húngaro judío, experto en esteroides, que se dirigía rumbo a

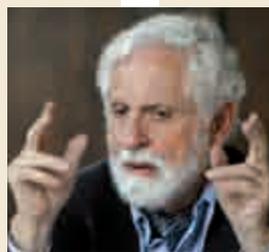
Ecuador, huyendo de los nazis en Zúrich. Pero se quedó en Cuba después de la entrada intempestiva de Estados Unidos a la segunda guerra mundial. Allí comenzó a experimentar con el uso de vegetales en la producción de cortisona. Fue reclutado por Syntex, que había comen-

zando a interesarse por las posibilidades de la *dioscorea mexicana*, también conocida como “cabeza de negro” o “gordolobo”.

Lo demás fue Historia: desde entonces todas nos hemos puesto a tragar camote. Rosenkranz, mientras tanto, sigue viviendo en México y se ha vuelto un jugador de *bridge* profesional.



Y de poste nos toca la versión alternativa: todos los miembros del equipo original que inventó Enovid reconocen abiertamente que fue un estudiante mexicano de posgrado, Luis E. Miramontes, quien juntó los elementos necesarios para crear el componente químico clave, noretisterona. No es que no haya recibido el crédito debido junto con sus jefes, Djerassi y Rosenkranz, pero dentro de los medios masivos existe una tendencia preocupante —como suele suceder con los de abajo— a sacarlo de la historia oficial.



Carl Djerassi, padre de la píldora.

El invento

Igual que el tango en Argentina, la píldora fue un invento que tuvo que dar la vuelta por el primer mundo antes de poder volver a casa, porque era considerada demasiado obscena. Desafortunadamente, la Iglesia católica la sigue prohibiendo junto con otros anticonceptivos, declarándola un pecado mortal. Sí, un pecado *mortal*; es decir, más grave incluso que el aborto.

Ahora que se ha vuelto una cincuenta respetable, a lo mejor ya es hora de que la dejen entrar a misa. —

— TANYA HUNTINGTON HYDE

PASADO**TRANSICIÓN,
MEMORIA, JUSTICIA**

1.

El tema de la memoria histórica se encuentra hoy aquí en un callejón sin salida. Esta situación se explica por la convergencia de una serie de factores, de los cuales los dos primeros son tal vez los fundamentales. Ante todo, la Transición fue un proceso político complejo, un pulso cerrado con las elecciones de octubre de 1982, tras la violenta recaída del 23-F, donde los protagonistas del cambio se vieron obligados a sortear el obstáculo de quienes todavía

controlaban elementos decisivos del aparato estatal (el Ejército en primer plano). Había que pagar un precio, demostrar a los “poderes fácticos” que el tránsito a la democracia no entrañaba para ellos riesgo alguno y la Ley de Amnistía de 1977 fue el reflejo de esa situación asimétrica. La “reconciliación nacional” no llevaba consigo justicia sobre el pasado, sino como propuso Fraga, olvido forzoso.

Esto no excluye que la atención sobre la guerra y el período posterior diera lugar a una creciente bibliografía —hecho que subraya como base de su interpretación en sentido contrario Santos Juliá—, pero de cara a la sociedad, incluso cuando se rozaban temas como la represión, prevaleció la intención de que el relato sirviera de anuncio para un borrón y cuenta nueva. El franquismo fue una pesadilla: ya hemos despertado. No hay más que hablar. La exitosa serie televisiva *Cuéntame lo que pasó* sería el mejor ejemplo de esa actitud dominante, con el tranquilizador *happy end* al modo de Hollywood como remate. Ir más allá equivalía a incurrir en provocación.

Y es que, en segundo término, tanto la referida cautela como la intensidad de las sensibilidades contrapuestas remitían al carácter excepcional del acontecimiento fundador: la Guerra Civil de 1936-39. Si tras la Guerra de Secesión norteamericana los buitres siguieron sobrevolando durante décadas el campo de batalla de Gettysburg y las heridas sureñas tardaron tanto en cerrarse, a pesar de tratarse de una capitulación entre caballeros, ¿cómo podía esperarse una reconciliación efectiva, no simplemente política, cuando después de “la Victoria” decenas de miles de republicanos fueron ejecutados y muchos más se convirtieron en una casta inferior sometida a los vencedores, como con otras palabras explica Jorge Semprún en el filme *Los caminos de la memoria?* (Tengo bien cerca el ejemplo: mi padre, militante de la UGT y oficial del Ejército Popular hubiera sido fusilado por ello de no esconderse como *topo* en el monte durante tres años; sin cargo alguno en contra, perdió su empleo en la Bolsa de Madrid y no lo recuperó hasta 1976). Balance para quienes pertenecieron a

las organizaciones del Frente Popular o defendieron la República, a partir del 18 de julio: ejecuciones sumarias, muertos en las cunetas, vidas destruidas.

A pesar de lo cual, nadie pone en tela de juicio la Transición ni pretende acusar a los verdugos sobrevivientes —y pensemos que el último muerto de la Guerra Civil lo fue por fusilamiento en 1963—, pero no ha de extrañar que al calor de los hallazgos de fosas y de la Ley de Memoria Histórica surgiera un movimiento para hacer efectiva la justicia hasta entonces negada. Atinado o no en cuanto a sus fundamentos jurídicos, el auto del juez Garzón se dirigía a atender esa demanda, centralizando las exhumaciones y de paso ajustando las cuentas al franquismo. Lo demás ya es sabido.

La única duda concierne al papel que hubiera podido jugar el presidente Zapatero, no en la fase final del conflicto, cuando su apoyo a Garzón ha sido claro, lo mismo que su disgusto ante la evolución del tema en contra de lo que afirma la oposición, sino quizá de modo involuntario en los prolegómenos de la querrela contra el juez. En efecto, se da una estridente contradicción entre la iniciativa de Zapatero al promulgar la Ley de la Memoria, en línea con sus referencias al abuelo fusilado, y la declaración de 26 de noviembre de 2008, recogida por el historiador Ricard Vinyes en su introducción al excelente libro colectivo *El Estado y la memoria*. Aquí Zapatero dice hacerse eco de una saludable actitud de los españoles, que a su juicio felizmente cada vez homenajean más a las víctimas y olvidan al dictador. “Recordemos a las víctimas —propone—, permitamos que recuperen sus derechos [sic], y arrojemos al olvido a aquellos que promovieron esa tragedia en nuestro país”. Curiosa forma selectiva de recuperar la memoria, que coincide con la posición expresada por Manuel Fraga. Es decir, desde su oportunismo habitual, víctimas sí, que son rentables; responsabilidades del franquismo no, que crean problemas. Dada la estricta dependencia jerárquica de las fiscalías, de la Audiencia respecto del Fiscal General del Estado, y de éste respecto del Presidente, en modo alguno cabe excluir que el durisi-

**EMERGENCIA SANITARIA
EN SUDÁFRICA**

- Población estimada que vive infectada de VIH: 5,7 millones (en México: 180.000 hasta 2005)
- Lugar que ocupa entre los países con más enfermos de SIDA: 1º
- Prevalencia de la enfermedad: 10,6% (en México: 0,3% hasta 2005)
- Porcentaje de infectados de VIH en personas de 15 a 49 años: 17%
- Estimado de nuevas infecciones de VIH en 2009: 413.000
- Estimado de nuevas infecciones en niños en 2009: 59.000 —

Fuentes: USAid, Statistics South Africa

mo informe del fiscal Zaragoza contra el auto de Garzón tuviera ese origen, y que de este modo una jugada de aprendiz de brujo desencadenase luego consecuencias impensadas.

2. Una de las principales objeciones a la recuperación de la memoria, y por supuesto a la iniciativa de Garzón, ha consistido en negar la utilidad de esa actitud reivindicativa, que en todo caso, dicen, debiera estar reservada para los historiadores. Sin contar con la presencia de una historiografía revisionista, abiertamente legitimadora del franquismo, con amplio predicamento en medios políticos y culturales de la derecha, es necesario destacar que la civil española fue una guerra *pas comme les autres*. Los altísimos niveles de violencia practicados en ambas zonas son cada vez conocidos con mayor precisión gracias a la labor de los investigadores. Es algo fundamental los españoles del siglo XXI no han de menospreciar, por encima de cualquier visión de la guerra impregnada de romanticismo.

“Paseos”, asesinatos, denuncias mortíferas, integran un denominador común en este sentido. Sólo que a partir de ahí la ponderación de las responsabilidades se vuelve imprescindible. Por parte republicana, ni el Gobierno central ni el catalán estuvieron detrás de los crímenes, y sus hombres más preclaros, el presidente Azaña, el ministro anarquista Juan Peiró, entre otros, las denunciaron con fuerza. En cambio, la sublevación nació para matar, y para matar en masa. Del lado franquista, la guerra fue concebida como una “operación quirúrgica” (declaraciones de Franco al embajador francés Jean Herbertte, noviembre de 1935; instrucciones de Mola antes del 18 de julio), una acción sistemática de exterminio de la izquierda española, técnicamente un genocidio. Y eso, como nos enseñara Primo Levi para el holocausto, o como nos acaban de mostrar los actos conmemorativos de la matanza de Katyn, requiere algo más que el relato histórico. Ha de ser objeto de una condena inequívoca, solemnemente sancionada, que impida toda ambigüedad de cara a las generaciones futuras. Los más de cien mil

ejecutados por su militancia o por sus cargos en la República, como el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, el ex ministro Juan Peiró, y tantos demócratas más, cuando la guerra había terminado años atrás, son al mismo tiempo víctimas y testigos de una barbarie programada.

Ésta hubiera sido la virtualidad de la puesta en práctica del auto de Garzón, que como viene sucediendo en otros casos y en otros países, tropezó, y de qué manera por la respuesta sufrida, con el principio de no retroactividad de las leyes penales y con leyes previas que como la de Punto Final argentina o la de Amnistía nuestra respondían a exigencias de un pasado difícil (los inicios de ambas transiciones, con el poder militar intacto), pero ahí estaban como obstáculos para que los crímenes contra la humanidad —calificación inmediatamente inferior y más operativa jurídicamente que la de genocidio— fueran reconocidos jurídicamente. (El alcance del término, propuesto por el jurista judeopolaco Rafael Lemkin, se vio recortado en sus dimensiones política y cultural por la Asamblea de la ONU en 1948, aplicándose sólo al “exterminio total o parcial de un grupo nacional, étnico, racial o religioso”).

3. En todo caso, ponderación no significa blanco contra negro. Más allá de la violencia de masas, donde ya destaca el protagonismo de Falange en el campo franquista y de la FAI y del PCE en el republicano, hay episodios que sí pueden merecer la calificación de crímenes contra la humanidad (no de genocidio: fueron coyunturales, no premeditados como el alzamiento militar), caso de la matanza de Paracuellos, en la medida que todo indica su pertenencia a la lógica de exterminio soviética, puesta en práctica por Lenin (y por los blancos) durante la Guerra Civil rusa y luego “perfeccionada” por Stalin. Sobre este punto, no cabe esperar que la Presidencia rusa desclasifique los documentos pertinentes: los telegramas entre la Internacional y su delegado en Madrid, Victorio Codovilla, no son consultables para esas fechas y el archivo de la KGB está cerrado a cal y canto. Sólo contamos en cambio con el telegrama de Codovilla —accesible sólo

entre 1991 y 1994— informando en agosto del asalto a la Cárcel Modelo: rechaza las acciones tumultuarias. La clarificación de Paracuellos, con la verosímil carga de autoría política sobre Codovilla, sobre Orlov, el jefe de la NKVD en España, o sobre ambos, sería así de gran utilidad para alcanzar esa ponderación necesaria. Se cumpliría así la exigencia formulada por Ian Gibson, de que ambas partes limpiaran sus conciencias. Vive aún el hombre que pudiera hacerlo posible, y que indudablemente sabe lo que allí ocurrió, Santiago Carrillo, pero a la vista de las deliberadas inexactitudes y ocultaciones que pueblan sus libros y sus declaraciones, no existe la menor esperanza de que atienda a ese deber moral.

Entre tanto, a diferencia de lo ocurrido en otros países de Europa occidental, los medios conservadores han cerrado filas desde que apareció en el horizonte la ley de Memoria Histórica, por no hablar de los “dos años de Garzón”, como si la reivindicación de la democracia republicana y una valoración precisa del franquismo fueran actos de condena de la transición y pruebas de “guerracivilismo”. Estamos lejos de los días en que el Partido Popular votaba a favor de la concesión de la ciudadanía española a los sobrevivientes de las Brigadas Internacionales. La legitimación implícita del levantamiento militar es la consecuencia inevitable de esa descripción de la República como museo de horrores y revoluciones. Como mucho, admiten que se entierren los muertos de las fosas. Incluso en este punto, cuando la presidenta madrileña Esperanza Aguirre habla de “las víctimas del franquismo” antes que de los “otros”, su propia televisión corrige el lapsus de generosidad.

A partir de ahora, resulta lícito augurar que la memoria democrática relativa a la Guerra Civil y al franquismo seguirá sofocada. Únicamente es de desear que sea atendido el ruego formulado por Primo Levi con destino al museo de Auschwitz: “Haz que el fruto del odio, cuyas huellas has visto aquí, no produzca semillas de nuevo, ni ahora ni nunca”. —

— ANTONIO ELORZA

IN MEMORIAM

CARLOS FRANQUI (1921-2010)

En *Retrato de familia con Fidel*, Carlos Franqui cuenta cómo al bajar de la Sierra Maestra, tras el triunfo de la Revolución, su hijo mayor no lo reconoció por culpa de sus barbas, símbolo del poder guerrillero. Así que, sin pensarlo dos veces, se rasuró. Ese mismo día tuvo dificultades inesperadas para ver a Fidel, quien, sin pizca de humor, le reclamó que se las hubiese cortado. Franqui le dijo, en plan guajiro, que las barbas eran suyas. Fidel le dijo que le pertenecían a la Revolución. Al final, para tranquilizarlo y salir del absurdo aprieto, le dijo que no se preocupara, que pronto la única barba que quedaría en la isla sería la suya. Cuba, o las barbas de Fidel.

Esta naturalidad en el trato entre ambos, inconcebible hoy en Cuba entre cualquiera y Fidel, era producto de los largos años de colaboración en la lucha clandestina contra Fulgencio Batista. Franqui, cuya trayectoria política es difícil de resumir, formó parte del aparato de propaganda y difusión del Movimiento 26 de julio. Fue el encargado de recolectar fondos para los cubanos exiliados en México. Fue el encargado de la campaña de prensa para conseguir la liberación de Fidel, Raúl y el Che, entre otros, de la temida Dirección Federal de Seguridad mexicana en manos de Fernando Gutiérrez Barrios. Fue enlace entre la Sierra y los grupos clandestinos en las ciudades. Fue el fundador del periódico *Revolución*, órgano secreto del movimiento revolucionario y más tarde, al incorporarse a la lucha en la Sierra Maestra, funda Radio Rebelde, instrumento crucial en la guerra de propaganda contra Batista. Salvó a Fidel en dos ocasiones en la Sierra. La primera vez en un incidente de fuego enemigo y refugio seguro. La segunda, al descubrir que detrás de un supuesto periodista yanqui se escondía un espía de Batista. En aquella ocasión, propuso mover el campamento



En los talleres de *Revolución* con Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir.

base que, ya desalojado, fue arrasado por la aviación cubana al día siguiente. Franqui lo desenmascaró gracias al beisbol: ¿cómo se podía confiar en un americano que no sabía que los Yankees acababan de derrotar en siete dramáticos juegos al campeón anterior, los Bravos de Milwaukee, en la Serie Mundial de octubre de 1958? Franqui se había ganado a pulso, por unos años, el derecho de hacer y decir lo que pensaba. Incluso de llevar la cara limpia, como sólo da el rastrillo diario.

Al triunfo de la Revolución, y tras rechazar varios ministerios, que Fidel repartía entre sus leales sin tener él mismo todavía ningún cargo oficial, Franqui decidió que su mínimo y heroico periódico clandestino merecía convertirse en el fiel de la balanza de los quioscos habaneros, entre el conservador *Diario de la Marina*, decano de la prensa caribeña, y prontamente cerrado por el poder revolucionario, el liberal *Prensa Libre*, y el órgano comunista *Hoy*, entre otras cabeceras. Además, ejercía de ministro sin cartera de asuntos culturales en el extranjero. A él se debe la visita de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, la aceptación de Picasso para hacer una escultura gigante que sustituyera el lamentable monumento

al Maine del malecón habanero (y que por trabas burocráticas quedó sin realizarse) y el traslado del célebre Salón de Mayo parisino a La Habana en el año de 1967, punto culminante de la imagen positiva de la revolución entre los escritores y artistas de Occidente. Franqui fue además quien invitó a su amigo Guillermo Cabrera Infante a dirigir el suplemento *Lunes* dentro de su diario, que sería rápidamente censurado y que le costaría su temprano exilio a Cabrera Infante. El fracaso de Cabrera Infante y, después, del propio Franqui, acosado por diversos frentes, boicoteado en sus iniciativas y presionado para adoptar la línea oficial, fue la imposibilidad de conciliar la libertad de expresión con el fervor revolucionario; la independencia crítica con el color verde olivo. Su fracaso es el fracaso de Cuba.

La historia oficial de la Revolución cubana se ha ido acomodando a los dictados y caprichos del poder unipersonal que rige al país, y, a la manera soviética, desaparecen protagonistas, se diluyen imágenes y se retocan acciones hasta presentar una doble caricatura: la primera, la de la Cuba de Batista como un país bananero y burdel de los estadounidenses; la segunda, la de la Revolución, producto de la genialidad militar y polí-

tica de un solo hombre, Fidel Castro, acompañado por sus fieles palafreneros, Raúl y el Che. Esta tesis, manipulada por Fidel para no compartir el poder con nadie, del foco guerrillero como motor suficiente para el triunfo de una revolución, le costaría la vida a cientos de latinoamericanos en las décadas por venir y al propio Che en Bolivia. Por ello, los libros históricos de Carlos Franqui, *El libro de los doce* y *Diario de la Revolución Cubana*, contruidos con base en entrevistas, testimonios, cartas y documentos, son sencillamente indispensables para tener una visión veraz de la Cuba prerrevolucionaria, en toda su miseria y esplendor, y un cuadro completo de los múltiples hechos y protagonistas que hicieron posible el derrocamiento de Batista. Del Directorio Revolucionario de José Antonio Echeverría al segundo frente del Escambray, del trabajo clandestino en las ciudades al intento de toma de Santiago de Cuba por Frank País, la revolución fue una experiencia colectiva con apoyos incluso en los trabajadores liberales de las ciudades, los pequeños comerciantes y los propietarios agrícolas de las plantaciones de tabaco y café. Franqui es también autor de una polémica biografía de Camilo Cienfuegos, en la que intenta demostrar, hasta donde eso es posible sin acceso a los archivos y documentos de Cuba, que su muerte no fue producto de un accidente aéreo sino un ajuste de cuentas en el interior del poder revolucionario, como castigo fulminante ante la negativa de Camilo de prestarse a la parodia de juicio que condenó a Huber Matos a veinte años de prisión.

Para entender la constelación Carlos Franqui es esencial su *Retrato de familia con Fidel*, una melancólica

recreación de los primeros años de la revolución y cómo la gesta libertaria fue transformándose en una dictadura incluso peor que la que derrocaba; una crónica íntima de cómo el carismático liderazgo de Fidel desembocó en la dictadura personal más larga de la historia de América Latina. Leerlo produce dolor y rabia; rabia por la traición a una causa justa, dolor por las oportunidades perdidas. El libro sirve también para ver cómo el desacreditado y minúsculo partido comunista fue lentamente adueñándose de los centros de poder cubanos y cómo el enfrentamiento con Estados Unidos fue provocado por el propio Fidel, tras una cínica lectura de la Guerra Fría.

En sus memorias, *Cuba, la revolución: ¿mito o realidad? Memorias de un fantasma socialista*, Franqui se centra en una idea básica: la caña de azúcar ha sido la perdición de Cuba: provocó el monocultivo, arruinando un campo riquísimo; la esclavitud, por su exigencia de mano de obra masiva; la pobreza, por los seis meses de inactividad que entraña su proceso; el retraso de un siglo de la independencia cubana, por la complicidad entre los terratenientes y el poder colonial; y la dependencia crónica de la Cuba independiente de la economía americana, destino final de sus exportaciones. Y esto Franqui lo sabe bien, no sólo como estudioso sino en carne propia: nació en un ingenio azucarero y vio morir de un accidente a su padre.

Conocía Carlos Franqui en Madrid, durante la feria del libro de mayo de 2006. Era imposible pensar que frisaba los 86 años –poseía una vitalidad y lucidez envidiables. Esas semanas en España fueron extrañas: Raúl Rivero, recién amnistiado, tuvo que ver cómo

un grupo de energúmenos reventaba un recital suyo en Sevilla; Ramonet presentaba el vergonzoso libro por encargo de conversaciones con Fidel ante auditorio lleno en Casa de América y Franqui deambulaba solo por los pasillos de la Universidad Complutense sin que casi nadie de la Facultad de Ciencias Políticas, donde había sido invitado por Antonio Elorza a dictar una conferencia, le hiciera caso. Me concedió una entrevista larga. Sería absurdo decir que en esas semanas nos hicimos amigos, pero sí lo vi recurrentemente. Su humor ácido era una defensa contra la estupidez ambiente en torno a Cuba y su tragedia. Su ambición secreta, confesada en una cena inolvidable, era vivir un día más que Fidel. No fue posible: la parca, siempre imprevisible, se adelantó.

Carlos Franqui participó activa y decisivamente en la Revolución cubana. La defendió todo lo que pudo de la tendencia irrefrenable de Fidel Castro al poder omnívoro. Ayudó a prestigiarla en el extranjero. La documentó y registró con celo de historiador. La parodió y cantó con la gracia de ese gajiro que era en el fondo de su alma inquieta. Y la criticó con la autoridad moral que le daba no haberse retractado nunca de su necesidad histórica original y de sus logros primeros, alejándose de esta manera de los dulces cantos de sirena del exilio de Miami. Por ello, su muerte, el pasado mes de abril, fue silenciada oprobiosamente en La Habana y apenas mencionada en los medios y circuitos cubanos fuera de la isla. Triste paradoja final para un grande de la historia reciente de Cuba y su mejor testigo. Sirvan estas líneas apresuradas de homenaje y testimonio de gratitud. –

– RICARDO CAYUELA GALLY

letraslibres.com

